

CIEN AÑOS DE AMBIGÜEDAD: SOBRE UN VIEJO TIPO DE FÍBULAS DE LA EDAD DEL HIERRO DE LA MESETA ESPAÑOLA

Ángel Esparza Arroyo

RESUMEN.— Se esboza el reconocimiento, caracterización arqueológica y aproximación al significado y funcionalidad de una variante de las fíbulas de caballito, características de la Segunda Edad del Hierro de la Meseta. En esta variante, que ha pasado largamente desapercibida, el caballo del puente y un suido dispuesto en el pie se oponen en una composición cuyo carácter ambiguo sugiere celtismo.

ABSTRACT.— This paper outlines the recognition, archaeological characterization and approach to meaning and function of a variant of the horse-brooches typical of the hispanic Meseta's Late Iron Age. This variant, for a long time unnoticed, shows a little suine opposite the arc's horse making up a composition whose equivocal kind prompts some celticity.

Uno de los más conocidos elementos de la arqueología hispánica lo constituyen las fíbulas zoomorfas en cuyo puente se representa un caballo, sin jinete las más de las veces, aunque algunas veces lo ostentan. Su fama internacional se remonta al siglo pasado y comienzos de éste, cuando fueron dadas a conocer por A. Engel, J.R. Mélida, P. Paris, y a continuación por Déchelette y un largo etcétera¹. La atención de los investigadores se centró sobre todo en lo que se consideraba la variante más completa del tipo, es decir, la de jinete a caballo y con una cabecita humana bajo el hocico del animal. La temprana identificación de este último detalle -que ha hecho correr ríos de tinta- ha dificultado seguramente el reconocimiento de otra variante, especialmente curiosa, que constituye el objeto de este trabajo.

La nutrida serie de ejemplares que de este tipo con puente equino habían ido apareciendo en diversos yacimientos -casi exclusivamente ceñidos al marco de la submeseta norte- fue sistematizada por Cabré, quien las distribuyó en seis variantes: la primera, única en que

aparece representado el jinete sobre el caballo, se complementa a menudo con la citada cabecita humana; la segunda tendría la cabecita humana a la altura del pecho del caballo, sujeta por tres vástagos; la tercera es como la anterior pero sin el vástago superior que unía la cabecita con el hocico del animal; en la cuarta, falta el vástago horizontal, que unía al pecho del caballo la cabecita humana o lo poco que de ella queda; la quinta, sin ningún vástago, o por mejor decir, solamente con el inferior; por último, la sexta consistiría solamente en la figurita del équido².

Más recientemente, han sido objeto de la atención de diversos especialistas, como Schüle³, quien las reúne en su grupo 6a, dentro de las fíbulas animalísticas, o Argente⁴, en cuya sistematización constituyen el tipo 8B1, zoomorfas de caballito.

Las variantes reconocidas por Cabré vienen siendo comúnmente aceptadas, habiéndose generalizado la idea de que hay una cabecita humana, representada

¹ ENGEL, 1896, p. 215; MÉLIDA, 1900a, p. 163; IDEM, 1900 b; PARIS, 1904; DÉCHELETTE, 1927, pp. 343-344.

² CABRÉ, 1930, pp. 87-90.

³ SCHÜLE, 1969, pp. 151 y 154-156.

⁴ ARGENTE, 1989, pp. 218-219.

Número	Provincia	Localidad	Yacimiento	Referencias
1	Álava	Laguardia	Pobl. La Hoya	CAPRILE, 1986, n. 112 (p. 133 y lám. XXXIII,8). Especialmente LLANOS y LLANOS, 1983, p. 28 (con dos fotografías en las que se capta nítidamente el verraco).
2	Burgos	¿Lara?	—	LUIS MONTEVERDE, 1969, p. 230 y fig. 3,3; SCHÜLE, 1969, lám. 156,8.
3	Burgos (?)	—	—	CABRÉ, 1930, p. 88; CABRÉ HERREROS, 1934, lám. V,3; LUIS MONTEVERDE, 1969, pp. 229-230 y fig. 3,5; SCHÜLE, 1969, lám. 156,6.
4	Burgos	Miranda de Ebro	Necróp. FEFASA	ABASOLO y RUIZ VÉLEZ, 1978, lám. I,1 y foto 1.
5	Burgos	Miraveche	Necrópolis	MARTÍNEZ BURGOS, 1941, lám. XIX,2, n. 6; SCHÜLE, 1969, p. 292.
6	Burgos	Villanueva de Teba	Necrópolis La Cascajera	SACRISTÁN y RUIZ VELEZ, 1985, p. 199; <i>Celtas</i> (1991), portada.
7	Guadalajara	Torresabiñán	Necrópolis La Cabezada	CABRÉ HERREROS, 1934, lám. V,4; SCHÜLE, 1969, lám. 24,3; CABRÉ y MORÁN, 1977, fig. 18,14; CABRÉ y MORÁN, 1987, fig. 2,4; ARGENTE, 1989, n. 914 (fig. 103 y p. 1.026).
8	Navarra	Viana	Poblado de La Custodia	LABEAGA, 1989, fig. 1,1 y lám. I.
9	Palencia	Palenzuela	Necrópolis	MARTÍN VALLS y ESPARZA, 1989 (e.p.) Sin ilustración.
10	Salamanca	El Tejado	Pobl.(?) El Berruenco	MORÁN, 1924, lám. VIII, 21; ÍDEM, 1946, fig. 53c; WATTENBERG, 1959, tabla XVIII,7.
11	Soria (?)	—	—	LUIS MONTEVERDE, 1969, p. 230 y fig. 3,4.
12	Soria	Garray	Numancia	<i>Memoria</i> (1912), lám. LX (14); ARGENTE, 1989, n. 318 (fig. 39 y p. 623).
13	Soria	Langa de Duero	Pobl. Cuesta del Moro	ARGENTE, 1989, n. 365 (Fig. 41, p. 660).
14	Soria	Langa de Duero	Pobl. Cuesta del Moro	TARACENA, 1929, p. 49 y Lám. X,1; ARGENTE, 1989, n. 364 (Fig. 41, p. 660).
15	Soria	Osonilla	Necrópolis Los Villares	TARACENA, 1941, Carta 134-135; SCHÜLE, 1969, lám. 24,6; ARGENTE, 1989, n. 461 (fig. 41 y p. 742).
16	?	¿Zarraguda, provª Palencia?		CABRÉ, 1930, p. 88; NAVARRO, 1939, p. 237, primera fila, centro; CAMPS, 1952, n.º. 1039 (p. 361 y fig. 6); WATTENBERG, 1959, tabla XVIII,12; CERDEÑO, 1986, n. 1; LLANOS, 1990, p. 144 (aquí se supone que procede de la necrópolis de Quintanaélez).
EJEMPLARES INSEGUROS				
17	Álava	Laguardia	Necrópolis de La Hoya	GIL ZUBILLAGA y FILLOY, 1990, p. 267. Sin ilustración.
18	Burgos	¿Lara?	—	LUIS MONTEVERDE, 1969, p. 230 y fig. 3,7; SCHÜLE, 1969, lám. 156,9.
20	Soria	Castilfrío de la Sierra	Pobl. El Castillejo	SCHÜLE (1969, lám. 24,4) y ARGENTE (1989, n. 116: fig. 25 y p. 573) sitúan este ejemplar en el Museo Arqueológico Nacional. Según ROMERO (1991, p. 319) no existe, sino que es una pieza de Langa. En el MAN no hay tal ejemplar, por lo que creemos que se trata de la pieza n.º. 13.
21	Soria	Garray	Numancia	SCHÜLE, 1969, lám. 170,7; ARGENTE, 1989, n. 326 (fig. 39 y p.)
22	Soria	Garray	Numancia	<i>Memoria</i> (1912), lám. LX,2.
23	Soria	Garray	Numancia	SCHULTEN, 1931, lám. 51,2; ARGENTE, 1989, n. 316 (fig. 39 y p. 623).
24	Soria	Garray	Numancia	SCHULTEN, 1931, lám. 51,1; ARGENTE, 1989, n. 315 (fig. 39, p. 623).
25	Soria	Garray	Numancia	SCHÜLE, 1969, lám. 170,9; ARGENTE, 1989, n. 317 (fig. 39, p. 623).
26	Zaragoza	Monreal de Ariza	Necróp. Cerro del Villar	AGUILERA, 1916, fig. 24 (segunda fila, centro) (Fotografía muy pequeña).
27		—	—	SCHÜLE, 1969, p. 151, fig. 66,3. El animal del puente no parece ser un caballo, por la carencia de cola y por la forma de la cabeza y las orejas. ¿Se tratará de una nueva variante con perro y jabalí?

con más o menos fidelidad, en la mayoría de estas fibulas. En nuestra opinión, en cambio, tal cabecita aparece sólo en unas pocas piezas de algunas variantes⁵, siendo el resto bastante diferentes; es más, dentro de la segunda variante, no debe de haber ni un sólo caso de auténtica cabecita ... habiendo pasado desapercibido que estamos ante una representación de un verraquito colocado verticalmente, en posición perpendicular a la del caballo. Así, ambos animales aproximan sus hocicos, que llegan a confundirse, como sucede con las patas por lo que no es fácil captar a primera vista tan singular tema.

Desde luego, el confuso aspecto de la zona delantera de ciertos ejemplares ha sido aludido en muchas ocasiones. Según Paris, algunos caballitos “semblent poser le museau sur un objet qui doit être identique à la tête humaine (...) mais que l’oxydation a rendu indistinct”⁶. Monteverde veía en un caso al caballo “en actitud de atropellar a un hombre(...)muy estilizado”⁷, considerando en otros dos que se representa al “hombre vencido ante el caballo”⁸. Según Camps, “muy toscamente pinzada, va algo como cabeza humana”⁹. La desorientación de los investigadores no se debe a una casual mala conservación de esa parte de las fibulas, ni a una torpeza de los artesanos a la hora de representar la cabeza humana. Como veremos al final, la confusión -o mejor, la ambigüedad- parece haber sido buscada por los creadores de estas fibulas.

Los ejemplares pertenecientes a esta variante de caballo y verraquito, todos de bronce, se reseñan en el inventario de la página anterior, cuyos números identifican también las piezas en la figs. 1 y 2.

Aspectos formales

Morfológicamente, todos estos ejemplares no son idénticos. En una primera aproximación, puramente intuitiva, se advierten tres subgrupos, utilizando como

⁵ Conocemos seis ejemplares de la variante primera, y todos llevan cabecita, salvo uno de Lancia, que no sabemos si estará roto; de la tercera variante, conocemos otras seis piezas, y solo dos llevan cabeza (SCHÜLE, 1969, 4; ESPARZA, 1988, lám. 1,2). Finalmente, hay cabecita en dos piezas de la variante quinta (ÁLVAREZ OSSORIO, 1941, lám. CLXIII,7 = BENOIT, 1955, lám.V,6; *Celtas*, 1991, p. 98).

⁶ PARIS, 1904, p. 270. De todas formas, una de las aludidas por este autor (Ibid., lám. V,1 ; DÉCHELETTE, 1927, fig. 354,2; ÁLVAREZ-OSSORIO, 1941, lám. CLXIII, 3; BENOIT, 1955, lám. V, 7), procedente de Palencia y conservada en el Museo Arqueológico Nacional, sí parece tener esa cabeza desfigurada.

⁷ LUIS MONTEVERDE, 1969, p. 229 (pieza de su fig. 3,5)

⁸ *Ibid.*, p. 230 (fig.3,3 y 3,7)

⁹ CAMPS, 1952, p. 361.

criterio básico el carácter “realista” o esquemático de la representación del suido:

a) El primero lo integran ocho ejemplares que tienden al bulto redondo y son de gran vistosidad por su barroquismo: todos tienen unas anillas suspendidas de pequeños orificios. Aunque es prematuro pronunciarse acerca del orden seguido en la evolución tipológica, podría suponerse que inicialmente se trató de remedar las crines del caballo (nº 6, Teba), pasando luego a representar la cola mediante el mismo procedimiento (nºs 3 y 9, prov. Burgos y Palenzuela), y finalmente las anillas se emplearon sólo en ésta (nºs 4 y 5, de Miranda y Miraveche). Según parece, este grupo estaría centrado en la zona de Burgos-Palencia, donde cabe sospechar la creación del tipo, aunque probablemente también se integraba aquí el ejemplar nº 21, de Numancia¹⁰.

b) En el segundo incluimos otros cinco ejemplares, de carácter mas bien laminar y sin las anillas antes mencionadas. Dos ejemplares de Lara y ¿Zarraguda? (nºs 2 y 16) presentan un verraquito todavía muy claramente identificable, siendo ya menos perceptible en los restantes (nºs 7, 8 y 10, de Torresabián, Viana y Cerro del Berrueco). Parece ampliarse la dispersión, acaso relacionada con el proceso de celtiberización.

c) Componen el tercero al menos siete ejemplares (nºs 1, 11, 12, 13, 14, 15, tal vez 18 y 20, respectivamente de Laguardia, ¿Soria?, Numancia, Langa, Langa, Osonilla, Lara y Castilfrío, si es que existe) en los que el suido adquiere su máxima estilización. Entre la anatomía del verraco de la fíbula de Villanueva de Teba y el cuerpo filiforme que presenta en estos ejemplares media un abismo.

De cara al establecimiento de una tipología y, desde luego, para afrontar la interpretación de estas fibulas, habrá que investigar detenidamente otros atributos, por ejemplo el sexo y demás detalles anatómicos de los animales representados. Ni que decir tiene que si en este trabajo utilizamos ya términos como verraco y caballo es por comodidad, ya que no es fácil una determinación precisa, ni de la especie ni del sexo. Respecto al suido, parece tratarse de un jabalí mejor que de un cerdo¹¹, por el alargamiento del hocico y por el abultamiento dorsal, rasgos que en cualquier caso son más

¹⁰ Frente a lo señalado por Cabré (CABRÉ, 1930, p. 88, nota 15), no estamos convencidos, en cambio, de que pertenezca a esta variante otro ejemplar numantino conservado en el Museo de Belem (Lisboa) (VASCONCELLOS, 1934, nº 15), ya que no parece estar roto.

¹¹ *Vid.* en *Celti*, 1991, pp. 431-432, la breve aunque interesante alusión de S. Bökönyi a los problemas de reconocimiento (zooarqueológico y artístico) de cerdos y jabalíes en Europa centro-oriental.

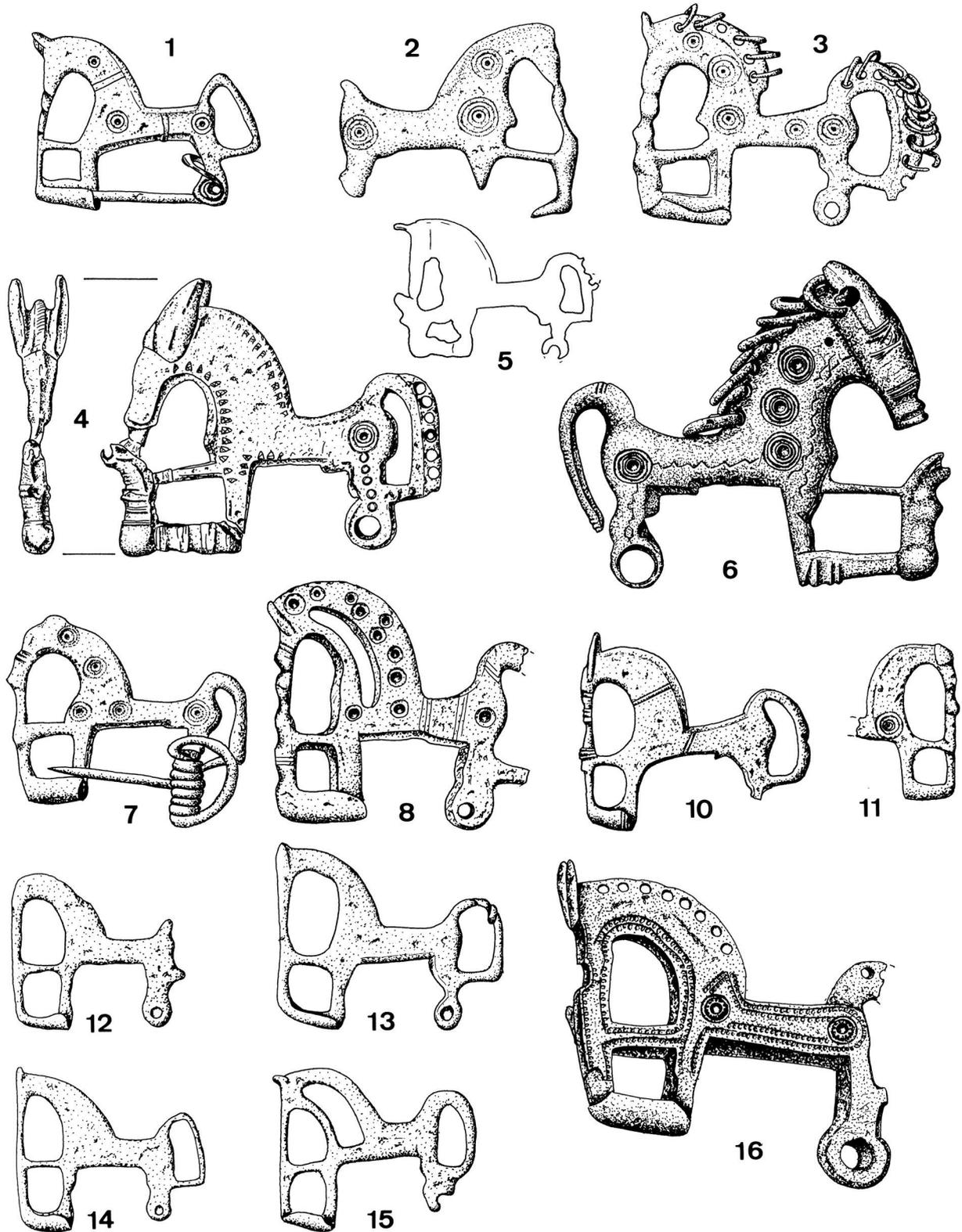


Figura 1. Fíbulas de caballo y verraco. (1. Según Caprile; 2 y 3. Según Lenerz de Wilde; 4. Según Abásolo y Ruiz Vélez; 5. Sobre fotografía de Cabré; 6. Sobre fotografía de García Díez; 7 y 12 a 15. Según Argente; 8. Según Labeaga; 11. Según Monteverde; 16. Sobre fotografías de Camps y de Cerdeño).

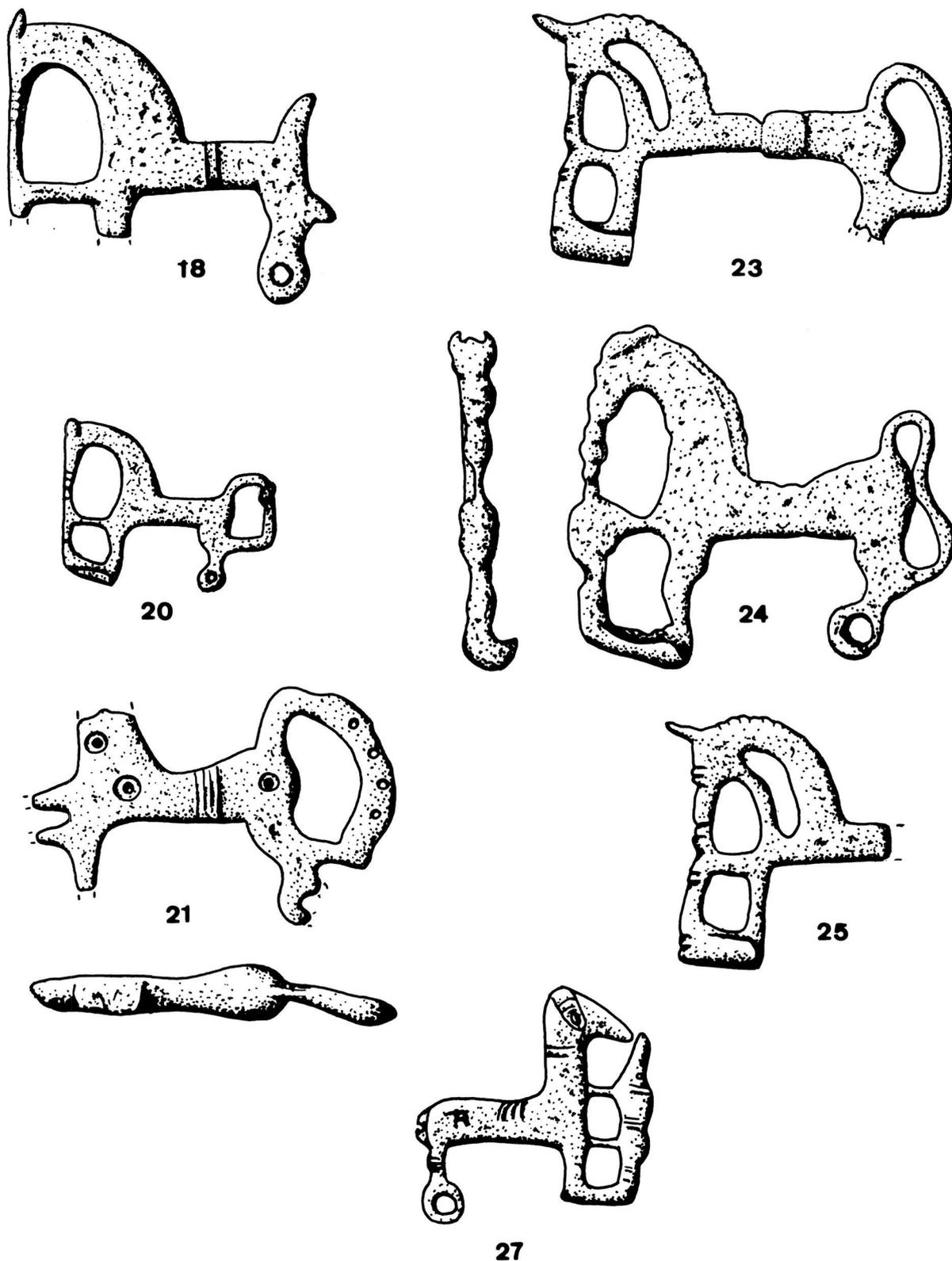


Figura 2. Ejemplares dudosos de la variante con verraco (18 y 27. Según Schüle; el resto, según Argente).

acusados en los machos; pero dudamos, por tener bien presentes los convencionalismos que presiden el arte de la época¹². Respecto de los équidos, que no ofrecen muchas dudas en cuanto a la especie, se resisten a la hora de establecer su sexo: unos cuantos llevan claramente indicado el prepucio, pero no estamos seguros de que la omisión de ese detalle en otras figuras signifique necesariamente que se trata de yeguas.

Otros atributos, por último, pudieran ser característicos de determinados talleres, lo que habrá de ser tenido en cuenta cuando se disponga de análisis arqueometalúrgicos. Así, la presencia de una amplia zona calada en el pescuezo de algunos caballos, como los de las fíbulas de Osonilla, Numancia y Viana de Navarra; o la cola que termina libre, sin unirse a las patas, como vemos en el ejemplar de Villanueva de Teba, y en otras fíbulas de caballo y cabecita humana¹³.

Tampoco queremos dejar de señalar, para su posible aprovechamiento, que en estas fíbulas son bien visibles las tendencias esenciales que advertimos en el arte de la Edad del Hierro meseteña: en primer lugar, su carácter formulario; además, el recurso a los principios bien conocidos¹⁴ de estilización y animación.

En efecto, lejos de un tratamiento naturalista, en la representación de cada animal se utiliza una *fórmula* convencional, hecha a base de unos pocos elementos tenidos por esenciales para la captación del sujeto. En el caso del suido, por ejemplo, se ha prescindido -tal vez por dificultad técnica¹⁵- de ciertos rasgos bien típicos, como colmillos, rabo y orejas, mientras que los fundamentales son el abultado testuz¹⁶ y, sobre todo, el hocico.

Pero no se trata sólo de economizar rasgos anatómicos, sino que, en virtud del principio de *estilización*,

que geometriza las formas vivientes, se depuran las líneas de contorno del caballo y del verraco. Es bien conocido cómo la cola del caballo llega a convertirse en un "asa", lo que supondrá para las fíbulas de la cuarta variante una gran aproximación a las simétricas. En nuestra variante, podemos mencionar la conversión en anillas de las crines del caballo de Villanueva de Teba o la cola de los de Miranda y Miraveche. Además, resulta palmario el proceso de geometrización experimentado por el verraco, que en los ejemplares más evolucionados se reduce prácticamente a una "F" invertida.

Otro principio, complementario del anterior, el de *animación*, permite que cobren vida las formas geométricas. Sin llegar a la espectacularidad de otras piezas -por ejemplo los airosos arriaces de las espadas de Miraveche, metamorfoseados en verracos-, aquí ha funcionado doblemente, transformando el puente de la fibula en caballo y también los vástagos de la cabecita humana en el cuerpo del verraco.

Las tendencias aludidas resultarán seguramente útiles incluso de cara a la interpretación de agrupamientos si, como se pretende, se llevan a cabo ensayos de clasificación apoyados en procedimientos matemáticos.

Datación

El paralelismo establecido por Déchelette entre las fíbulas españolas de caballito y jinete con las de tipo itálico le sirvió, como es bien sabido, para su datación: las itálicas se habían documentado entre otras localidades en Marzabotto, fundada por los etruscos hacia el 500 a.J.C; sus derivados españoles, con o sin jinete, habrían llegado hasta fechas sensiblemente posteriores¹⁷. Esta propuesta de Déchelette fue recogida por J. Cabré¹⁸ y por M^a E. Cabré¹⁹ y desarrollada luego por Schüle²⁰. Este investigador insiste en los puntos

¹² Si nos dejásemos guiar solo por las representaciones de verracos, con sus testículos bien visibles, del pomo del puñal de la tumba 32 de la necrópolis vallisoletana de Padilla de Duero (ROMERO y SANZ MINGUEZ, 1989, fig.2, 19), quizá habría que considerar como hembras a todos aquellos suidos que no hacen tal ostentación... Pero en este caso concreto se representan colmillos, ojo, rabo, es decir, hay una fórmula detallista bien diferente de la que, como veremos, caracteriza a estas fíbulas, lo que impide sacar esa conclusión.

¹³ Vid. BENOIT, 1955, lám. V,6 (De Palencia o Avila); SCHÜLE, 1969, lám. 172,4 (sin procedencia).

¹⁴ Vid. GOMBRICH, 1979 (1980), p. 328.

¹⁵ Esto nos lo sugiere la aparición de detalles como las orejas, e incluso ojos y boca, en las fíbulas en las que ello resulta más fácil por el tamaño, como son las de puente en forma de verraco (SCHÜLE, 1969, láms. 164,16; 172, 20, etc.); sin embargo, hay representaciones en las que, a pesar de su buen tamaño, faltan esos detalles (*Ibid.*, láms. 147, 15)

¹⁶ En realidad, lo que se percibe es un abultamiento no realista con el que se está indicando esa zona que incluye el testuz, el morrillo y la cruz, cuyo relieve se acentúa por el pelaje. Avala esta afirmación nuestra el hecho de que, en las piezas aparentemente más realistas (*Ibid.*, lám.151,2), las orejas se hallan situadas en la cruz, evidente deformación convencional.

¹⁷ DÉCHELETTE, 1927, pp. 343-344. A decir verdad, las relaciones establecidas por Déchelette no pueden tomarse como verdaderos paralelos. Hoy sabemos que las piezas itálicas con las que contó ni siquiera corresponden a un solo tipo, sino a varios, algunos en absoluto comparables con la hispánica de jinete: así, la de Villa Benvenuti pertenece concretamente al tipo de fibula 'con arco a carro', con tres caballos, un jinete y cuatro ruedas; la de Marzabotto, siempre citada, sería del tipo 'con cavaliere e scimmiette', detalle este de los monitos en la grupa que, a pesar de su altísimo valor tipológico, ha sido olvidado; la de Bologna/Benacci, del tipo 'con cavallo e cavaliere', constituiría el mejor punto de referencia.

¹⁸ CABRÉ, 1930, p. 87.

¹⁹ CABRÉ HERREROS, 1934, p. 218. Esta investigadora, observando la construcción de la aguja y el resorte, claramente avanzada en las meseteñas, se inclina por fechas más tardías, fines del s. IV y pleno III a.C.

²⁰ SCHÜLE, 1969, pp. 151 y 154-156.

de contacto -decoración de círculos concéntricos, anillas colgantes- con fibulas itálicas y, aun reconociendo que las españolas presentan ya resorte de ballesta, concluye que no puede haber apenas separación entre las primeras de éstas y las últimas italianas, por lo que tendrían que haber surgido en el curso del siglo VI como muy tarde²¹, desarrollándose hasta fines del siglo V²².

Estas fechas tan altas nos resultan algo difíciles de aceptar, como luego veremos; por eso, nos resulta muy interesante la propuesta apuntada recientemente por R. y V. Megaw, quienes señalan que si por el jinete y el geometrismo recuerdan ciertas hachas hallstáticas, en cambio la morfología es más tardía, y la cabeza cortada tiene afinidades con las máscaras del La Tène Antiguo²³, lo que nos llevaría a fechas del 450 al 350. Estos autores han publicado también una fibula zoomorfa conservada en el Museo Arqueológico Nacional, relacionándola con un grupo de broches del NE de Baviera fechables también en los siglos V-IV²⁴. Dicha fibula nos parece muy importante en relación con los oscuros orígenes de las que nos ocupan: es una pieza tipológicamente más primitiva, separándose claramente de las demás por su tratamiento del volumen corporal, por la ausencia de círculos estampados y porque todavía no tiene construcción de ballesta, sino que la aguja y el resorte son prolongación del puente. En realidad, este ejemplar nos recuerda, por su modelado, por el alargamiento de la mortaja y por la forma de la cola del animal, la fibula zoomorfa -ésta sí lleva círculos estampados- hallada en la tumba 307 de la necrópolis de Hallstatt²⁵, datable en el HaC1.

Pero, dejando a un lado la compleja génesis de nuestras fibulas de caballito, hemos de recordar que las elevadas fechas de origen propuestas no encajan bien con los elementos de datación con que vamos contando: según proponíamos recientemente²⁶, las fibulas de caballito deberían encuadrarse más bien hacia los siglos III-II, llegando incluso al s. I a.C., como atestiguan los ejemplares hallados en Langa de Duero o en el campamento de Cáceres el Viejo. También nos resultaba especialmente relevante el ejemplar de Herrera de los Navarros (Zaragoza) ya que, correspondiendo a la variante más primitiva de la serie tipológica de Cabré, ha sido obtenida en un contexto datado con seguridad en el paso del siglo III al II a.C.²⁷. La pieza hallada últimamente parece datable en el siglo III²⁸.

En cuanto a la datación concreta de las fibulas de caballo y verraquito, la problemática es, lógicamente, la misma. Únicamente cabe plantear dos o tres observaciones. En primer lugar, acerca del momento inicial de esta variante, puede suponerse que no hubo demasiada separación entre la fibula de Villanueva de Teba y los verraquitos dispuestos verticalmente en sendas conteras de vainas de espada de gavilanes de parada de las "tumbas" 60 y 79 de Miraveche²⁹, desgraciadamente difíciles de datar con precisión... si es que se acepta su condición de hallazgos cerrados³⁰. Posteriormente, esta variante irá compareciendo en ambientes típicamente celtibéricos, como indican los hallazgos de Laguardia, Viana, Palenzuela, los sorianos, etc. Tenemos aquí un problema importante, planteado por los ejemplares alaveses, el primero de los cuales procede del nivel A3 del poblado de La Hoya³¹, para el que -a partir de las dataciones radiocarbónicas- se propugna una cronología entre mediados del siglo V y mediados del IV a.C.³²; el otro fue hallado en la necrópolis, que parece corresponder precisamente a esa misma etapa del poblado³³. Pero esa altísima datación que reciben unos materiales cerámicos, metálicos, etc. idénticos a los que en el centro de la Cuenca del Duero se fechan en el siglo III y fundamentalmente en los siglos II-I, ha sido acogida con algunas reservas³⁴. Finalmente, anotamos que el ejemplar de Torresabiñán, con su peculiar 'resorte gigante con lazo en arco', ha sido fechado por Cabré y Morán desde fines del siglo IV hasta mediados del siglo III a.C.³⁵

Así pues, esta variante parece haberse desarrollado entre los siglos IV y I a.C. Debió de surgir en el foco bronceista de la Bureba, en un momento todavía preceltibérico; después, y como ocurrió con otras fibulas, con el puñal de tipo Monte Bernorio, etc., habrían alcanzado una amplia difusión, siendo adoptadas por las diversas élites locales en el curso de la celtiberización.

²¹ *Ibid.*, 1969, p. 156.

²² *Ibid.*, cuadro cronológico.

²³ MEGAW y MEGAW, 1989, p. 82. ESPARZA, 1988, p. 121.

²⁴ *Ibid.*, fig. 96 y p. 82.

²⁵ KROMER, 1959, lám. 53.8

²⁶ MARTÍN VALLS y ESPARZA, 1989 (e.p.)

²⁷ BURILLO y SUS, 1988, p. 65 y 62.

²⁸ GARCÍA HUERTA, 1990, p. 697.

²⁹ SCHÜLE, 1969, láms. 146 y 151,2.

³⁰ La propia aplicación de las cronologías de Schüle no es fácil, ya que las dataciones de algunos elementos ni siquiera llegan a coincidir, como sucedería con la de las placas de cinturón de tipo ibérico o de las fibulas de vasito con respecto a la de las espadas de tipo Miraveche. Probablemente convengan fechas de la primera mitad del siglo IV.

³¹ CAPRILE, 1986, p.133.

³² LLANOS, 1990, p.146.

³³ *Ibid.*, p. 145; GIL ZUBILLAGA y FILLOY, 1990, p. 267.

³⁴ Vid. sobre este problema MARTÍN VALLS y ESPARZA, 1989 (e.p.); MARTÍN VALLS, 1990, p. 152; SANZ MINGUEZ, 1990, p. 185; ESPARZA, 1991, p.17.

³⁵ CABRÉ y MORÁN, 1987, p. 33.

Significado

Antes de plantear el posible significado de la composición detectada en estas fíbulas, haremos algunas precisiones terminológicas. Siguiendo a Panofski³⁶, distinguiremos varios niveles de aproximación a las obras de arte: en primer lugar, la *descripción pre-iconográfica*, reconocimiento y enumeración de los motivos y composiciones, esto es, de las formas portadoras de significados primarios; en segundo lugar, el *análisis iconográfico* en el que gracias a las fuentes literarias se identifican temas (imágenes, historias o alegorías), es decir se penetra en el significado secundario o convencional que portan los motivos y composiciones; finalmente, la auténtica *interpretación iconológica* va más allá, trata de alcanzar el significado intrínseco: determinados temas van expresando, bajo condiciones históricas específicas, ciertos valores simbólicos o tendencias esenciales de la mente humana.

En nuestro caso concreto, hemos de limitarnos prácticamente al primer nivel, el de la pre-iconografía, ya que un análisis iconográfico resulta imposible por definición en el terreno en que nos movemos, dada la carencia de unas fuentes literarias celtibéricas que pudieran transmitir información directa, así como la casi completa inexistencia de alusiones pertinentes en las fuentes clásicas. Partiendo, pues, de esta poco optimista premisa, intentaremos no obstante una aproximación basada en consideraciones de índole comparativa

A simple vista, captamos tres rasgos que podrían vincularse a lo simbólico: el sentido en que se dispone el caballo, los círculos concéntricos y, por supuesto, los propios motivos animalísticos. Respecto al primero, no nos atrevemos a interpretarlo en términos étnico-religiosos, como ha sugerido Hatt analizando la disposición del caballo hacia la derecha o hacia la izquierda en determinadas monedas célticas³⁷. Una interpretación de esa índole exigiría un trabajo mucho más amplio, contextual, y sobre todo, obligaría a descartar previamente una explicación más elemental basada en argumentos proporcionados por la psicología y otras ciencias³⁸.

³⁶ PANOFSKI, 1962, Introd.

³⁷ HATT, 1984, p. 121.

³⁸ Podría ser relacionado, por ejemplo, con el predominio en el uso de la mano derecha: una persona diestra tendería a hacer el boceto necesario para el molde con el caballo mirando hacia la izquierda, si hacemos caso a la opinión recogida por GARDNER, 1964 (1972), pp. 75-76. Por razones psicológicas, biomecánicas, etc. y/o por el peso de la tradición, lo cierto es que todas las que conocemos tienen la misma orientación... observación que quizá sea extensible a la mayoría de las fíbulas de las culturas arqueológicas europeas.

Respecto a los círculos concéntricos que salpican el cuerpo del caballo, a veces han sido considerados como persistentes símbolos solares³⁹, mientras que otros investigadores los tienen por mero ornamento⁴⁰. Por nuestra parte, apuntamos la posibilidad -compatible con las anteriores- de que se trate de representar convencionalmente el arnés. No hace falta avalar este argumento con citas de la estatuaria galo-romana o del caldero de Gundestrup, ya que contamos con una fíbula de caballito conservada en el Instituto Valencia de Don Juan⁴¹, seguramente procedente de la Cuenca del Duero, en la que los discos, al menos los de la parte delantera, están unidos por trazos que parecen indudables elementos de arnés. Un caballo guarnecido, pero sin jinete... ¿podría tratarse de una representación de índole procesional?⁴²

Pasando ya a considerar los dos motivos animalísticos que entran en juego en estas fíbulas, sería bien fácil comenzar a reseñar distintos objetos en los que aparecen caballos o jabalíes. Y en esa línea, cómo no aludir nuevamente a los verraquitos de las conteras de Miraveche⁴³; o a la propia estela de Euffigneix⁴⁴ -aunque en este caso la verticalidad del jabalí pudiera deberse a la adaptación al marco-, o bien a las numerosas representaciones equinas que se conocen en adornos, joyas, cerámicas, etc. Resulta igualmente ocioso recoger aquí los intentos de descifrar un hipotético contenido religioso concreto de estos animales, en los que esencialmente se han realizado extrapolaciones a partir de la mitología greco-romana, la literatura céltico-irlandesa, etc. Así pues, rehuímos por el momento la cuestión de si en estas fíbulas el caballo es un elemento del culto solar o un animal psicopompo, si el jabalí es o no de carácter infernal⁴⁵, si estos

³⁹ Así se ha señalado, a propósito de fíbulas celtibéricas de Palencia, que toros y caballos están ligados a divinidades astrales, representadas a través de los adornos de discos y espirales (*Iberos*, p. 85). Vid. también SÁNCHEZ ABAL y SALAS, 1983, p. 394.

⁴⁰ Por ejemplo, BLASCO y ALONSO SÁNCHEZ, 1985, p.118

⁴¹ SCHÜLE, 1969, lám. 172,2. Acaso se trate del ejemplar que Cabré viera en la colección Soto de Posadas (CABRÉ, 1930, pp. 89-90)

⁴² Vid. BAYET, 1970, pp. 29 y 39. Este autor lo sugería para una estatua galo-romana, dedicada a Rudiobus/Marte, de un caballo embridado y al paso, según indica la pata delantera doblada como es frecuente en nuestras fíbulas (Vid. GREEN, 1989, fig.63).

⁴³ SCHÜLE, 1969, láms. 146 y 151,2.

⁴⁴ DUVAL, 1977, fig. 200; MEGAW y MEGAW, 1990, fig. 276.

⁴⁵ Sobre estos aspectos, cf. por ejemplo BENOIT, 1969, pp. 47-49, con THEVENOT, 1968, pp.151-153. (En p.151 se resume la discusión entre los partidarios de considerar determinadas figuras de caballos como imágenes divinas y los que los ven como simples emblemas del dios, y no el dios mismo). Más reciente, y centrado en la arqueología ibérica, CHAPA,1985 (Vid. por ejemplo las pp. 201-204, con el complejo problema del significado del jabalí)

animales se vinculan a Teutates y Taranis, etc. y, en general, su posible condición totémica⁴⁶, mágica⁴⁷ o religiosa⁴⁸.

Por otra parte, más allá de una consideración de los dos animales por separado, en las fibulas que nos ocupan se da algo más complejo, una especialísima interrelación entre las dos figuras, lo cual impone una orientación mucho más limitada en las pesquisas. En realidad, esta composición debe de constituir sólo una de las diversas modalidades de interrelación de ciertas figuras que atisbamos en las fibulas meseteñas. De las diversas combinaciones posibles entre caballo, verraco y cabeza humana, conocemos al menos tres: caballo-cabecita, caballo-verraquito y verraco-cabecita⁴⁹, como se muestra en la figura 3. Es esta "gramática" apenas esbozada⁵⁰, mucho más que la ausencia de un jinete armado, lo que nos hace descartar también la posibilidad de que en nuestras fibulas se representen meras escenas cinegéticas como las que, en cambio, conocemos en la platería ibérica⁵¹ con relativa claridad⁵². En las fibulas que aquí se discuten es posible que haya escena, pero no de caza. Parece más oportuno traer a colación las monedas célticas, en las que el caballo -el animal numismático por excelencia en ese ámbito cultural- aparece a menudo acompañado por el jabalí. Citaremos únicamente algunas muy conocidas acuñaciones de los *aulerci eburovices*, de los *coriosolites*⁵³, *baiocassi*⁵⁴ o de los *osismii*, especialmente las éstateras de estos últimos en las que coinciden caballo androcéfalo, cabezas corta-

das y jabalí⁵⁵. Con todo, antes de concluir un simbolismo común con nuestras fibulas, hay que reconocer que en las emisiones célticas el jabalí suele desempeñar un papel bastante secundario, análogo al jugado por otros animales, armas, "soles", etc, siendo nítida esa posición en aquellos casos, bien frecuentes, en que se trata meramente de un 'jabalí-enseña'⁵⁶.

Hay, sin embargo, unos pocos casos, realmente excepcionales, en que aparece *una figurita de animal colocada sobre la rodilla doblada del caballo y con su hocico próximo al de éste*. Se trata de unas emisiones halladas en Serbia (pertenecientes a grupos de la Céltica oriental, como los *scordisci*) y en Transilvania (pertenecientes a los dacios), acuñadas a partir de mediados del s. III a.C. a imitación de las tetradracmas de Filipo II de Macedonia, y en cuyo reverso se repite la composición aludida⁵⁷ (Fig. 4.1).

La curiosa colocación del animalito junto al caballo en estas monedas, que no parece justificable por simples razones de espacio, evoca la composición de nuestras fibulas, pero antes de seguir más adelante, habría que señalar que la identificación del animalito no es, ni mucho menos, segura. En la bibliografía que hemos podido utilizar se pasa por alto ese detalle, si se exceptúa el estudio de las monedas de este tipo halladas en el depósito de Criseni-Berchies⁵⁸, donde se ha dicho en un caso que se trata de "un animal con las fauces completamente abiertas", apuntándose en otros que puede tratarse de un zorro o un lobo, aunque en la mayoría de las monedas ese animalito carece de cola y es paticorto⁵⁹. En cualquier caso, nos ha parecido imprescindible tomar nota de la proximidad de la composición que hay en los reversos de estas monedas con respecto a la que aparece en nuestras fibulas.

Si en el mundo céltico continental apenas pueden vislumbrarse estos puntos de coincidencia, hacerlo en otros ámbitos mucho más próximos resulta bastante difícil. Así, en la numismática ibérica y, lo que es más llamativo, en las propias acuñaciones celtibéricas, parece ausente ese motivo que nos interesa⁶⁰. ¿Acaso por-

⁴⁶ Vid. SOPENA, 1987, pp. 46-47.

⁴⁷ BLÁZQUEZ, 1991, p. 101.

⁴⁸ Mencionaremos, por su enfoque esencialmente arqueológico, el trabajo de Miranda Green que señala el significado dual del jabalí en el mundo céltico como símbolo bélico y como símbolo de prosperidad, inclinándose por la naturaleza esencialmente religiosa de esa simbología (GREEN, 1989, pp. 139-141). También el simbolismo del caballo sería de índole religiosa, relacionada con el prestigio de este animal en distintos aspectos de la vida (*Ibid.*, pp. 146-148). Pero la lectura en términos religiosos de los datos arqueológicos es altamente discutible.

⁴⁹ No aseguramos, sin tenerlo previamente en la mano, que un ejemplar numantino (*Memoria* (1912), lám. LX,3; SCHULTEN, 1931, lám. 51,1; SCHÜLE, 1969, lám. 170,8) corresponda a una cuarta posibilidad verraco-caballito. En ese caso, la jeta del suido coincidiría con la mitad delantera del équido.

⁵⁰ Otro elemento que debería tomarse en consideración -con mayor cautela, dada su naturaleza negativa- es la *falta de asociación* del toro o el ave, tan comunes en las fibulas meseteñas, con caballo, verraco y cabecita humana.

⁵¹ ÁNGOSO y CUADRADO, 1981.

⁵² Decimos relativa porque si bien es cierto que la escena de caza parece evidente, no estamos del todo seguros de que el animal cazado sea el jabalí. En el caso de la de Caudete de las Fuentes, aparentemente de cacería de jabalí con perros, el cazador "estaría hiriendo con espada al primer animal(...). Si esto fuera así, no se trataría de un perro sino de otra pieza de caza" (*Ibid.*, pp. 22-23).

⁵³ ALLEN, 1980, figs. 25 y 26.

⁵⁴ Vid. FORRER, 1908 (1968), 1908, figs. 464, 540 y 541.

⁵⁵ *Ibid.*, figs. 66 y 463; DUVAL, 1977, fig. 182 = 393; ALLEN, 1980, fig. 23.

⁵⁶ *Celti*, 1991, p. 495.

⁵⁷ FORRER, 1908 (1968), p. 151 (fig. 289); ALLEN, 1987, p. 27, fig. 8; p. 50, XIX (b); láms. V y XX, y mapa 3. Vid. también *Celti*, 1991, foto p. 339, sup. izda.

⁵⁸ CHIRILA, 1965.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 187, 188, 190 y 197.

⁶⁰ En el anverso de algunas monedas, el jabalí es un símbolo junto a la cabeza masculina; hay también unas pocas pocas en las que sustituye al caballo del reverso sin que sepamos de piezas en las que ambos animales comparezcan juntos. Únicamente hemos visto en el reverso de algunas monedas de *kese*-Tarraco (VILLARONGA, 1983, lám. X, nº 38) que el caballo parece estar olfateando una cabeza de animal, llegando a sospechar que se tratase de un suido, pe-

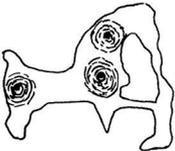
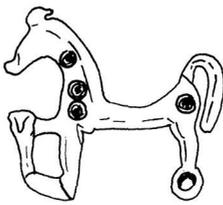
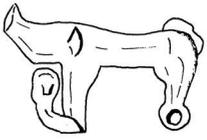
		EN EL PUENTE	
		Caballo	Verraco
SOBRE LA MORTAJA	Caballo	X	?
	Verraco		X
	Cabeza humana		

Figura 3. Combinaciones de elementos en algunas fibulas meseteñas del Hierro Pleno.

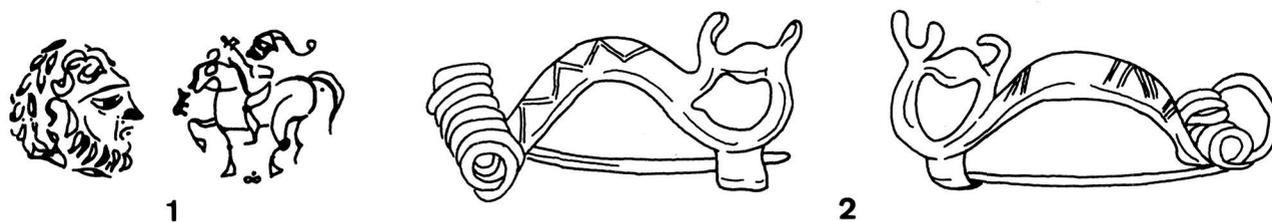


Figura 4. 1) Anverso y reverso de una moneda del tipo de Criseni Berchies (según Allen). 2) Fíbulas 'de anillo zoomorfo' (según Jovanovic).

que los motivos monetales -caballo lanzado al galope, jinete armado con lanza o exhibiendo palma- eran de naturaleza eminentemente política, pública, mientras que los contenidos simbolizados por nuestras fibulas remitían a la esfera de las creencias personales?

En nuestra búsqueda, únicamente nos ha llamado la atención el caso de algunas falcatas, en concreto las de la variante -reconocida por M^a E. Cabré⁶¹- que tiene empuñadura de cabeza de caballo y una barra en la guarda que termina en otra cabeza de animal. Hay en ellas un afrontamiento de animales, una cercanía de los hocicos, etc., que evocan la composición observada en nuestras fibulas. Por cierto, fue la propia E. Cabré la que sugirió que esta variante de la falcata podría responder precisamente "...a influencias artístico-industriales de la fibula llamada de jinete"⁶². Aunque probablemente habría que dar la vuelta a su explicación -en primer lugar porque no hay fibulas de caballito en el área ibérica y en cambio sí hay falcatas claramente importadas en el área meseteña⁶³, y además, porque las falcatas con esta clase de empuñadura pueden ser más antiguas que las fibulas⁶⁴-, lo importante es señalar una posible vía para comprender los motivos en cuestión. Recientemente, Quesada ha descubierto sobre el ejemplar de la tumba 260 de El Cabecico del Tesoro una decoración nielada de un jabalí en la base de la empuñadura caballar⁶⁵, lo que refuerza la sospecha de que hubo una muy especial relación entre las figuras de animales que estamos considerando⁶⁶.

Nos queda únicamente la esperanza de que la composición que nos interesa llegue a detectarse de manera menos sumaria en la cerámica ibérica o, mucho mejor, en la celtibérica, y con esta mediación, tal vez en las mitologías, clásica o céltica⁶⁷.

Como conclusión de estas reflexiones, cabe señalar que no hemos hallado hasta el momento paralelos rigurosos que pudieran ayudarnos a superar la mera identificación de los motivos que integran la composi-

ción y pasar a adentrarnos en el tema. Nos encontramos así en la misma situación -utilizando el símil de Panofski- que el aborigen australiano no familiarizado con el texto de los Evangelios para quien el tema de la Última Cena sería una mera escena de banquete de trece hombres⁶⁸. Ante tan enojosa situación, ¿tendremos que terminar suponiendo, sin justificación rigurosa⁶⁹, que en la composición detectada subyace una alegoría del triunfo de las fuerzas del bien sobre las del mal, de la vida sobre la muerte, etc.? Por ahora, y sin considerarlo completamente indescifrable, nos conformaremos con haber descrito uno de los elementos del *bestiario* celtibérico.

Funcionalidad

Dada la imposibilidad de saber con precisión qué significaba nuestra enigmática composición, parece conveniente escoger otro terreno: como ha sugerido Gombrich refiriéndose a las representaciones de monstruos, resulta metodológicamente útil preguntarse, mejor que por el significado, por la función que cumplen como imágenes⁶⁹. Ni que decir tiene que damos por supuesto que los objetos de adorno no son sólo adornos.

En su trabajo, Gombrich se ha referido de forma casi exclusiva a la función mágico-protectora o *apotropaica*. Esta función fue seguramente desempeñada en nuestro ámbito de interés por diversos objetos⁷¹, incluidas muchas fibulas, pero las que aquí nos ocupan, con su complicado tema, podrían haber sido algo más profundo. Siendo imposible -¿e injustificado?- discernir si las fibulas de caballo y verraco fueron simples amuletos protectores o verdaderas imágenes religiosas, queda también otra vía por explorar, la de una posible *función heráldica*, que podría haberse superpuesto a la anterior. Actualmente, este camino es poco practicable debido a problemas como el de la propia escasez de ejemplares o, sobre todo, la falta de un contexto preciso, pero apuntamos aquí su interés. Al fin y al cabo, la pobreza de la documentación arqueológica no debe ser permanentemente insalvable.

El pequeño número de ejemplares disponibles repercute directamente en la distribución, por lo que no creemos que pueda tomarse por definitiva el actual

ro según Villaronga, "el cavall presenta el cap ajupit dirigit envers una mata o bucrani, segons les interpretacions" (*Ibid.*, p. 19). Las ilustraciones aportadas por Delgado, Vives, etc., no nos han permitido salir de la duda.

⁶¹ CABRÉ HERREROS, 1934, p.211, fig.2,4 y láms.II y III. También SCHÜLE, 1969, lám. 75, 4.

⁶² CABRÉ HERREROS, 1934, p. 220.

⁶³ SCHÜLE, 1969, p. 113.

⁶⁴ Vid. por ejemplo las del Cabecico del Tesoro que arrancan ya desde el 400 a.C. (QUESADA, 1989, figs. 90 y 91).

⁶⁵ *Ibid.*, p. 269 y fig. 104.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 270, donde se esbozan interesantes consideraciones acerca de esta figura de jabalí, aunque no del conjunto representado en la empuñadura.

⁶⁷ En este sentido, resultan bien interesantes los vasos célticos de Aulnat (Auvernia) (PÉRICHON, 1987), decorados con una llamativa escena de jabalíes, o con otra de jinete con un trofeo (*tête coupée*) que evoca de inmediato nuestras fibulas de caballo con cabeza humana.

⁶⁸ PANOFSKI, 1962, p. 21.

⁶⁹ Sin olvidar que la identidad en los símbolos no necesariamente implica identidad en el significado, nos basaríamos en una consideración global de argumentos como los recogidos en las obras citadas en las notas 44 a 47.

⁷⁰ GOMBRICH, 1979 (1980), p. 323.

⁷¹ Vid. BLÁZQUEZ, 1991, pp. 100-101.

área de dispersión de estas fíbulas. Esto, unido a la conocida inseguridad de las delimitaciones de las unidades sociales prerromanas, hace algo complicado investigar un posible trasfondo étnico de las mismas. Según parece, unos ejemplares -Miraveche, Villanueva de Teba, Miranda- han debido de ser usados por autrigones, acaso los creadores del tipo; otros estarían en manos de turmogos -Lara-, arévacos -Numancia y Langa-, y titos -Monreal de Ariza- e incluso de cántabros -¿Zarraguda?- y vettones, como el ejemplar del Berrueco. A veces resulta especialmente difícil precisar, como sucede con los ejemplares de Laguardia y Viana, que vacilamos en atribuir a los berones o los várdulos, o el de Palenzuela, seguramente arévaco o vacceo... aunque el límite de los turmogos tampoco debía de estar lejano. En cualquier caso, lo que parece desprenderse ya de estos datos es que no estamos ante distintivos étnicos; por el contrario, la amplia dispersión de estas fíbulas parece coincidir con la de tantos otros elementos extendidos con la celtiberización⁷².

Descartada la correspondencia de estas fíbulas a una etnia concreta, habría que considerar -siguiendo con la hipótesis heráldica- su posible función como elementos de distinción social. También aquí nos hallamos estancados por desconocer el contexto: sobre 27 ejemplares, apenas si podemos decir que 8 proceden de necrópolis y 11 de ambientes de poblado; de las halladas en cementerios, no se conocen los detalles en la mayoría de los casos, bien por tratarse de viejos hallazgos no controlados, bien por no haberse publicado aún las Memorias de las Excavaciones. De esta forma, solamente podemos contar con datos acerca de un ejemplar, el de la necrópolis de Palenzuela, que formaba parte de un ajuar⁷³ que puede suponerse femenino. A decir verdad, estos mismos problemas planean también sobre el estudio de la totalidad de las fíbulas de caballito, de las que tenemos escasos datos tumbales fiables; pero los de Las Cogotas⁷⁴ y La Yunta⁷⁵ a buen seguro

⁷² El hecho de que estas fíbulas desborden por doquier las áreas más o menos asignables a las diferentes unidades sociales admite todavía una explicación étnica: por ejemplo, podrían haber sido llevadas por personas que, procedentes de un grupo determinado, hubieran pasado a integrarse en otros grupos... Pero incluso ese caso, justificable por pautas exogámicas, quedaría también subsumido en el proceso de celtiberización.

⁷³ Este ejemplar fue hallado por el Dr. Martín Valls en la tumba 33 (sector N45), asociado a un vaso celtibérico con decoración pintada a base de bandas horizontales.

⁷⁴ En la tumba 1270 salió un ejemplar acompañando a un vaso cerámico de factura manual (CABRÉ, 1932, p.127), ajuar que podría suponerse femenino...

⁷⁵ En esta ocasión, la fíbula acompañaba en la tumba 74 a dos vasos torneados, uno de los cuales contenía los restos de la cremación, atribuidos por el Dr. Reverte a una adolescente (GARCÍA HUERTA, 1990, pp. 508-509; fig. 149).

indican igualmente el carácter femenino⁷⁶ de estas fíbulas. Por otra parte, parece clara su relación con un nivel social destacado. La documentación disponible es, ciertamente, muy deficiente, pero hay algunos datos que así lo indicarían, como su coste o su escasez en las necrópolis: en Las Cogotas, por ejemplo, el total de fíbulas de no importa qué tipo asciende a 59, halladas en otras tantas tumbas, sobre un total conocido de 1.469 sepulturas. Con todo, el mejor testimonio acerca de esta cuestión es seguramente el ejemplar de fíbula de caballito y jinete de Casa Herrera, que se obtuvo en una rica vivienda en la que había otros muchos adornos de bronce, armas de hierro y diversas clases de cerámica importada, como un servicio campaniense, un ánfora vinaria grecoitalica y jarritos de cerámica gris ampuritana⁷⁷.

Volviendo a la variante concreta de caballo y verraco, también parece interesante anotar otro detalle: si su simbolismo fue religioso o mágico, tuvo probablemente unas connotaciones sociales de exclusividad. En efecto, otros elementos simbólicos, como los círculos concéntricos, parecen haber sido accesibles a personas de muy diferente condición, desde los poseedores de armas o de adornos bronceos hasta los usuarios de sencillos objetos de hueso o recipientes cerámicos, por lo que si aceptamos que expresan un contenido mágico o religioso, tendríamos que concluir que éste era de alcance general, ampliamente compartido. Por contra, la composición de caballo y verraco sólo la hemos podido ver en otros soportes más humildes. El tema -y los beneficiosos efectos supuestamente atribuidos- serían monopolio de escaso número de personas, lo que refuerza nuestra sospecha acerca de la funcionalidad esencialmente social de estas fíbulas.

En definitiva, nuestra impresión, a contrastar con mejores datos, es que estamos ante objetos con una funcionalidad compleja, destacando su carácter de símbolos de distinción social. Exhibidas por personas -probablemente mujeres- de cierto rango, estas fíbulas habrían acompañado luego a las cenizas de sus dueñas, con el presumible propósito de prolongar el efecto

⁷⁶ Aparte de la cautela ante la determinación sexual de los restos de cremación, hemos de reconocer que en la necrópolis soriana de Quintanas de Gormaz hay un ejemplar -mejor dicho, la mitad posterior de uno- del que se ha dicho que formaba parte de un ajuar militar (SCHÜLE, 1969, lám.40). Pero Argente señala, por contra, que este fragmento (ARGENTE, 1989, nº 479, fig.54) carece de contexto (*Ibid.*, p. 752), de modo que no conocemos ni uno solo asociado a elementos "masculinos" (armas, herramientas, etc). Caso aparte es el ejemplar hallado en el campamento romano de Cáceres el Viejo.

⁷⁷ BURILLO y SUS, 1988.

protector, mágico o religioso, atribuido al enigmático tema del caballo y el verraco.

Ambigüedad y celtismo

Otro aspecto interesante que presenta esta variante de las fíbulas de caballo es precisamente el de su ambigüedad, el carácter evanescente, huidizo, de la representación. Como se apuntó inicialmente, si hasta ahora ha pasado desapercibido el motivo del suido -y por lo tanto la composición-, si se ha tardado casi un siglo en advertir su existencia, ello se debe, sin duda, al espíritu elusivo con que fue diseñado. En el conjunto de elementos que ligan la mortaja de la fíbula, el hocico y el pecho del caballo, cuesta captar el verraquito, habituados como estamos a la percepción de la cabecita humana y sus soportes; en el mejor de los casos, nuestra mirada vacila ante un campo ambiguo. Pero si estamos familiarizados con las representaciones de suidos, o si alguien nos sugiere su presencia, entonces la figura del verraquito surge como una aparición.

Lo más importante es, por supuesto, que no se trata sólo de ambigüedad desde el punto de vista de un observador del siglo XX: parece que quienes hicieron las fíbulas jugaron casi desde el principio⁷⁸ a confundir⁷⁹ al espectador, porque los contornos se comparten entre las dos figuras: el hocico ambos animales acaba por fusionarse, del mismo modo que el tronco y pata(s) delantera(s) del verraco se confunden con una de las patas del caballo, con su rodilla doblada. Además, la cola del équido, unida a los corvejones, da un cierto aire simétrico a la partes delantera y trasera de la fíbula, con lo que la captación visual del jabalí se ve aún más oscurecida⁸⁰.

⁷⁸ Estas consideraciones, que habrá que reconsiderar en un enfoque basado en la Psicología de la Percepción cuando hayamos podido analizar directamente las piezas, se refieren fundamentalmente a las fíbulas de los subgrupos b) y c), es decir a las que parecen ya claramente relacionadas con la celtiberización.

⁷⁹ Los partidarios de una función mágico-protectora tendrían aquí un argumento, en esta forma "que no puede ser captada y que, por tanto, desafía y derrota al mal de ojo" (*Vid.* GOMBRICH, 1979 (1980), p.332).

⁸⁰ La presencia de un tema evanescente podría haberse dado también en ciertas fíbulas del área céltica oriental, denominadas 'de anillo zoomorfo' (SZABÓ, 1988, fig. 18; MEGAW y MEGAW, 1990, nº 102). Conocidas desde hace tiempo en Bosnia, en la región rumana de Pecica-Arad y sobre todo en la Gran Llanura Húngara, son datadas en la segunda mitad del s. IV (JOVANOVIĆ, 1979, p. 180; SZABÓ, 1988, p. 17; *Vid.* también la contribución de Bujna y Szabó en *Celti*, 1991, p. 283). La vecindad entre las civilizaciones céltica y balcánica habría provocado la transformación del muy geométrico pie de las fíbulas del La Tène Antiguo, convirtiéndolo en un anillo en el que se evoca una cabeza de dragón (SZABÓ, 1973, p. 753). Pe-

Ambigüedad, *double entendre*, carácter elusivo... Es un rasgo, en definitiva, en la línea del denominado 'estilo -o mejor fenómeno- de Cheshire Cat', caracterizado por diversos estudiosos del arte lateniense. Con ese nombre, relativo al gato de *Alicia en el país de las maravillas*, Jacobsthal se refería a la sutil aparición de representaciones someras del rostro humano en los motivos ornamentales curvilíneos típicos del Estilo Plástico. Retomando la propuesta de Jacobsthal, desarrollada por Megaw posteriormente, Lenerz de Wilde⁸¹ ha profundizado no ha mucho en este fenómeno, que aparece en mayor o menor grado en casi todos los estilos del arte céltico lateniense. Como sus predecesores, la investigadora germana se ha referido a esta tendencia a la ambigüedad, al oscurecimiento de las formas, a entrecruzarlas formando una especie de engaño o trampa visual -tendencia en la que hay un doble aspecto de puro juego y también misterioso, religioso-, como característica esencial del arte de La Tène⁸².

El carácter evanescente de la composición de nuestras fíbulas nos conduce así a la compleja cuestión de la *celticidad* de las culturas mesetefías de la Edad del Hierro, especialmente de la cultura celtibérica.

Desde luego, el resto de las características de tales fíbulas, su dispersión, etc. excluyen por completo el que pueda tratarse de importaciones desde el área de La Tène, o de imitaciones indígenas desencadenadas por éstas; también es difícil creer que no hay más que un fenómeno de convergencia totalmente fortuita... Tal vez la explicación deba ser buscada en la pertenencia a una misma comunidad cultural, en un sentido muy amplio.

Kruta, refiriéndose al arte céltico lateniense, lo considera como "expresión visual de una corriente de ideas cuyo impacto sólo se concibe si depende del dominio religioso"⁸³. Las notables semejanzas observables entre objetos de zonas muy alejadas se explicarían, pues, porque tal arte se apoyó desde sus inicios en una trama ideológica duradera y ampliamente difundida⁸⁴. En esta línea, nosotros podríamos sospechar que de esa trama también participaban en alguna medida otras poblaciones celtófonas. Y así, la pertenencia de las gentes de la cultura celtibérica a la familia lingüística céltica, las concepciones ideológico-religiosas compartidas, y quién sabe si algún ingrediente psico o etnolingüísti-

ro en ese anillo teriomorfo creemos que sería posible percibir también un par de animales afrontados, en una composición desde luego equívoca (*Vid.* el efecto en JOVANOVIĆ, 1979, fig.1; *Celti*, 1991, fotografías de pp. 283 y 791). Fig. 4.2.

⁸¹ Sobre estos aspectos, *vid.* LENERZ DE WILDE, 1982.

⁸² *Ibid.*, p. 106

⁸³ KRUTA, 1988, p.85

⁸⁴ IDEM, 1987, p. 30.

co, permitirían entender este punto de contacto que hemos creído advertir entre la expresión artística de las élites sociales de las áreas celtibérica y lateniense*.

P. S. En prensa este trabajo, ha aparecido el trabajo de M. LENERZ DE WILDE, *Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse Keltischer Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*, Stuttgart [F. Steiner], 1991. Esta autora sí ha advertido (p.75) la existencia de la variante de fibula de caballo combinado con verraco, a la que corresponden cinco ejemplares recogidos en su lista C-III. Se trata de los ejemplares nºs 201d, 219, 220, 1.039 y 1.040, que equivalen respectivamente a los nºs 4, 2, 3, 16 y 27 de nuestro inventario. La Dra. Lenerz alude a la importancia del cerdo en las costumbres funerarias de las poblaciones célticas. Finalmente, las considera -junto a las de caballo y cabeza humana- como aportación original de la Península Ibérica, dada la falta de paralelos en el resto de Europa.

Bibliografía

- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J. A. y RUIZ VÉLEZ, I. 1978. «La necrópolis de Miranda de Ebro. Materiales para su estudio», *EAA*, 9, pp. 265-272.
- AGUILERA Y GAMBOA, C. 1916. *Las necrópolis ibéricas*, Congreso de la Asoc. Esp. para el Progreso de las Ciencias (Valladolid 1915), Madrid.
- ALLEN, D. 1980. *The Coins of the Ancient Celts*. Edinburgh.
- ALLEN, D. 1987. *Catalogue of the Celtic Coins in the British Museum, vol. I: Silver Coins of the East Celts and Balkan Peoples*. London.
- ANGOSO, C. y CUADRADO, E. 1981. «Fíbulas ibéricas con escenas venatorias», *BAEAArq*, 13 (mayo), pp. 18-30.
- ARGENTE OLIVER, J. L. 1989. *Las fíbulas en la Meseta. Su valoración tipológica, cultural y cronológica*, Madrid, Universidad Complutense, Col. Tesis Doctorales, nº 54/89.
- BAYET, J. 1970 «Ideologie et plastique, IV: Les Statères des Parisii et les chevaux-dieux chez les Gaulois», *MEFRA*, 82, pp. 15-41.
- BENOIT, F. 1955. *L'art primitif méditerranéen de la vallée du Rhone*. Gap.
- BENOIT, F. 1969. *Art et Dieux de la Gaule*. Paris-Grenoble.
- BLASCO BOSQUED, M^a C. y ALONSO SÁNCHEZ, M^a A. 1985. *Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama, Madrid*. EAE, 143.
- BLÁZQUEZ, J.M. 1991. *Religiones de la España Antigua*. Madrid.
- BURILLO MOZOTA, F. (Coord.) 1990. *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza .
- BURILLO MOZOTA, F. y SUS GIMÉNEZ, M. L. DE 1988. «La casa 2 de Herrera», en *Celtiberos*, Zaragoza, pp. 62-67.
- CABRÉ AGUILÓ, J. 1930. *Excavaciones en Las Cogotas, Cardenosa (Ávila). I. El Castro*, MemJSEA, 110.
- CABRÉ HERREROS, M^a E. 1934. «Dos tipos genéricos de falcata hispánica», *AEArtArq*, X, pp. 207-224.
- CABRÉ DE MORÁN, M^a E y MORÁN CABRÉ, J. 1977. «Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta oriental hispánica», *RUC*, XXVI, 109 (Homenaje a García Bellido, III), pp. 109-143.
- CABRÉ DE MORÁN, M^a E. y MORÁN CABRÉ, J. 1987. «Sistemas de resortes peculiares en fíbulas meseteñas "post-hallstáticas"», *BAEAArq*, 23 (Diciembre), pp.29-33.
- CAMPS CAZORLA, E. 1952. «Un lote de piezas célticas en el Museo 'Lázaro Galdiano'», *II CNArq* (Madrid 1951), pp. 355-362.
- CAPRILE, P. 1986. «Estudio de los objetos de adorno del Bronce Final y de la Edad del Hierro en la provincia de Alava», *EAA*, 14, pp. 7-416.
- Celtas* 1991. *Los Celtas en la Península Ibérica*, Monografías de la *Revista de Arqueología*, Madrid .
- Celti* 1991. *I Celti*, Catalogo della Mostra, Milano.
- CERDEÑO SERRANO, M^a L 1989. «Tres fíbulas zoomorfas del Museo Lázaro Galdiano», *Goya*, 193-195, Madrid, pp. 40-45.
- CHAPA BRUNET, T. 1985. *La escultura ibérica zoomorfa*. Madrid.
- CHIRILA, E. 1965. «Der Dakische Münzschatz von Criseni-Berchies. Beiträge zur typologie der Dakischen Reitermünzen», *Dacia*, IX, Bucarest, pp. 185-200.
- DÉCHELETTE, J. 1927. *Manuel d'Archéologie Préhistorique, Celtique et Gallo-romaine. III. Premier Age du Fer ou époque de Hallstatt* (2^a ed). Paris .
- DUVAL, P.M. 1977. *Les Celtes*. Paris (Citamos por la trad. esp. *Los celtas*, Madrid, 1977).
- ENGEL, A. 1896. «Nouvelles et correspondance», *Revue archéologique*, XXIX, Paris, pp. 204-229
- ESPARZA ARROYO, A. 1988. «Materiales de la Edad del Hierro», en DELIBES DE CASTRO, G. et alii : *La Colección Arqueológica del Padre Saturio González en Santo Domingo de Silos*. Burgos, pp.115-158.
- ESPARZA ARROYO, A. 1991. «Tradición y modernidad en el estudio de las necrópolis celtibéricas», *Arqcritica*, 1, Madrid, pp. 17-19.
- FORRER, R. 1908. *Keltische Numismatik der Rhein und Donauland*, I. Graz, (citamos por la reimp. anast., 1968).

* Agradezco a D.Carlos Sanz Mínguez los datos sobre la fibula nº 16; a D.Juan Carlos Elorza, la información sobre el ejemplar nº 15, que no llegó a ingresar en el Museo Provincial de Burgos; a D^a Magdalena Barril Vicente, la fotografía del ejemplar del M.A.N. aludido en la nota 6; y a D^a Belén Rodríguez Valles los dibujos de las fíbulas.

- GARCÍA HUERTA, R. 1990. *La Edad del Hierro en la Meseta Oriental: el Alto Jalón y el Alto Tajo*, Madrid, Universidad Complutense, col. Tesis Doctorales, nº 50/90.
- GARDNER, M. 1964 *The Ambidextrous Universe*. New York (citamos por la trad. esp. *Izquierda y Derecha en el Cosmos*, Estella, 1972).
- GIL ZUBILLAGA, E. y FILLOY NIEVA, I. 1990. «Las fibulas de la necrópolis celtibérica de La Hoya (Laguardia-Álava)», en BURILLO, 1990, pp. 267-271.
- GOMBRICH, E.H. 1979. *The Sense of Order. A Study in the Psychology of Decorative Art*. Oxford (citamos por la trad. esp. *El Sentido del Orden*, Barcelona, 1980).
- GREEN, M. 1989. *Symbol and Image in Celtic Religious Art*. London.
- HATT, J. J. 1984. «Observations sur le sens religieux des monnaies gauloises», en GRASMANN, G., JANSSEN, W. y BRANDT, M. (eds.) 1984. *Keltische Numismatik und Archæologie*, BAR, Int. Ser., 200, pp.
- Iberos* 1985. *Los Iberos*, Catálogo de la exposición. Madrid.
- JOVANOVIĆ, B. 1979. «The formation of the Scordisci on the basis of archaeological and historical sources», en DUVAL, P. M. y KRUTA, V. (eds.): *Les mouvements celtiques du Ve au Ier siècle avant notre ère*, Paris, pp. 179-1.
- KROMER, K. 1959. *Das Gräberfeld von Hallstatt*. Firenze.
- KRUTA, V. 1987. «Il corallo, il vino e l'albero della vita: apporti peninsulari allo sviluppo della civiltà di La Tène», en *Celti ed Etruschi nell'Italia centro-settentrionale dal V sec. a.C. alla romanizzazione*, Bologna, pp. 23-33.
- KRUTA, V. 1988. «L'art celtique laténien du Ve siècle avant J.-C.: le signe et l'image», en VV.AA. 1988. *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, Paris, pp. 81-92.
- LABEAGA MENDIOLA, J. C. 1989. «Algunas fibulas zoomorfas del poblado de La Custodia, Viana (Navarra)», *XIX CNArq (Castellón de la Plana 1987)*, pp. 645-658.
- LENERZ DE WILDE, M. 1982. «Le 'Style de Cheshire Cat'. Un phénomène caractéristique de l'art celtique», en DUVAL, P. M. y KRUTA, W. (eds.): *L'Art Celtique de la période d'expansion*. Genève-Paris, pp. 101-114.
- LUIS MONTEVERDE, J. 1969. «La colección Monteverde, de Burgos», *NAHisp*, X-XI-XII (1966-68), pp. 225-234.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE, A. 1990. «Necrópolis del Alto Ebro», en BURILLO, 1990, pp. 137-147.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE, A. y LLANOS URRUTIA, C. 1983. «Los primeros impulsos artísticos», en LLANOS, A. (dir): *Alava en sus manos*, t. 4, fasc. 26. Vitoria, pp. 9-40.
- MARTÍN VALLS, R. 1990. «Los 'simpula' celtibéricos», *BSAA*, LVI, pp. 144-169.
- MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A. 1989. «Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica», *Actas de la Reunión sobre Paleoeología de la Península Ibérica, Madrid 1989*, en prensa.
- MARTÍNEZ BURGOS, M. 1941. «Museo Arqueológico de Burgos», *MMAp*, I, pp. 49-53.
- MEGAW, R. y MEGAW, J. V. S. 1989. *Celtic Art. From its beginnings to the Book of Kells*. London.
- MÉLIDA, J. R. 1900a. «La colección de bronce antiguos de D. Antonio Vives», *RABM*, IV, pp. 27-32; 70-76; 154-164; 351-354; 404-410; 541-546; 624-627 y 649-651.
- MÉLIDA, J. R. 1900b. «El jinete ibérico», *BSEExc*, 90-92, pp. 173-181.
- Memoria* (1912): *Excavaciones de Numancia. Memoria presentada al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes por la Comisión Ejecutiva*. Madrid.
- MORÁN BARDÓN, C. 1924. *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berruoco*, MemJSEA, 63.
- MORÁN BARDÓN, C. 1946. *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*, Acta Salmanticensis, Fª y Letras, II, 1, Salamanca.
- NAVARRO GARCÍA, R. 1939. *Catálogo Monumental de la Provincia de Palencia. Fascículo Tercero. Partidos de Cervera de Río Pisuegra y Saldaña*. Palencia.
- PANOFSKY, E. 1962. *Studies in Iconology*. New York.
- PARÍS, P. 1904. *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, Tome second. Paris.
- PERICHON, R. (1987). «L'imagerie celtique d'Aulnat (1)», en *Mélanges offerts au docteur J. B. Colbert de Beaulieu*, Bruxelles, pp. 677-695.
- QUESADA SANZ, F. 1989. *Armamento, Guerra y Sociedad en la Necrópolis Ibérica de "El Cabecico del Tesoro" (Murcia, España)*, BAR, International Series, 502.
- ROMERO CARNICERO, F. 1991. *Los Castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*, *Studia Archaeologica*, 80, Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. 1989. «Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital. Iconografía, cronología y dispersión geográfica», *II Symposium de arqueología soriana (Soria, 1989)*, Soria (en prensa).
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. y RUIZ VÉLEZ, I. 1985. «La Edad del Hierro», en VV.AA.: *Historia de Burgos. I. Edad Antigua*. Burgos, pp. 181-220.
- SÁNCHEZ ABAL, J.L. y SALAS MARTÍN, J. 1983. «Tipos de fibulas procedentes del campamento romano de Cáceres el Viejo», *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, III, Madrid, pp. 389-397.
- SANZ MÍNGUEZ, C. 1990. «Metalistería prerromana en la Cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo Monte Bernorio», *BSAA*, LVI, pp. 170-188.
- SCHÜLE, W. 1969. *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen, 3, Berlin.

- SCHULTEN, A. 1931. *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912. II. Die Stadt Numantia*. München.
- SOPENA, G. 1987. *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*. Zaragoza.
- SZABÓ, M. 1973. 'Elements régionaux dans l'art des Celtes orientaux', *EC*, XIII,2, pp. 750-773.
- SZABÓ, M. 1988. *Les Celtes en Pannonie*, École Normale Supérieure, Études d'Histoire et Archéologie, III, Paris.
- TARACENA AGUIRRE, B. 1929. *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, MemJSEA, 119.
- TARACENA AGUIRRE, B. 1941. *Carta Arqueológica de España. Soria*. Madrid.
- THEVENOT, E. 1968. *Divinités et sanctuaires de la Gaule*. Paris.
- VASCONCELLOS, J. LEITE DE 1934. «Amostras da Secção Espanhola do Museu Etnologico de Belem (Portugal)», *ACABA*, pp. 49-60
- VILLARONGA, L. 1983. *Les monedes ibèriques de Tàrraco*. Tarragona.
- WATTENBERG, F. 1959. *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, BPH, II.

Abreviaturas

- ACABA*: *Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*. Madrid.
- AEArtArq*: *Archivo Español de Arte y Arqueología*. Madrid.
- BAEAArq*: *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. Madrid
- BAR*: *British Archaeological Reports*. Oxford.
- BPH*: *Bibliotheca Praehistorica Hispana*. Madrid.
- BSAA*: *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. Valladolid.
- BSEExc*: *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid
- CNArq*: *Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza.
- EAA*: *Estudios de Arqueología Alavesa*. Vitoria.
- EAE*: *Excavaciones Arqueológicas en España*. Madrid.
- EC*: *Études Celtiques*. Paris
- MEFRA*: *Mélanges de l'École Française de Rome. Archéologie*. Paris.
- MemJSEA*: *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas*. Madrid
- MMAp*: *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*. Madrid.
- RABM*: *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*. Madrid.
- RUC*: *Revista de la Universidad Complutense*. Madrid.